

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GUERRA FRÍA

Con ese aire frívolo que llama más la atención cuando el ambiente es una invitación a la solemnidad o la tristeza, se oyó decir por Washington que para las muchas, insistentes, preguntas que llegaban desde fuera, con la esperanza de conocer las inclinaciones del nuevo presidente, Lyndon Baines Johnson, sobre la política exterior norteamericana, se había encontrado una respuesta definitiva: «¿No lo han oído ustedes aún? Para el año próximo (1964) no habrá en los Estados Unidos política exterior alguna.»

Lo menos incómodo que pudiese salir de semejante actitud, en el caso de reflejar de alguna manera un estado de ánimo oficial, sería el apuntar a un cambio, a cambios de alguna clase, en la política exterior de los Estados Unidos, como consecuencia directa de la muerte, en circunstancias tan dramáticas, del presidente Kennedy cuando aún le faltaba un año largo para la terminación del mandato para el cual había sido elegido en 1960, por una de las mayorías más pequeñas jamás obtenidas por candidato alguno al más alto cargo político norteamericano. Porque pudiera ser grave, quizá la causa de daños irreparables, una paralización, posiblemente un retardamiento tan sólo, en la velocidad del cambio que ya se estaba produciendo en la política exterior de los Estados Unidos, cuya gran determinante es todavía la guerra fría y el estado en que, a lo largo de su planteamiento y desarrollo, durante los últimos tres lustros, se encuentra su campo de acción, de unas dimensiones coincidentes aproximadamente con las de la superficie habitada de nuestro mundo.

No se trata, pues, tanto de un cambio como de la orientación que se acabará dando a lo que ya se estaba produciendo y que apuntaba nada menos que a un cambio ancho, profundo y radical en la política exterior de los Estados Unidos. Porque, al fin, se había impuesto la necesidad impe-

riosa de buscar puntos de contacto y apoyo en un ambiente que había sufrido, en unos pocos años, una transformación radical.

Todo, prácticamente, en la política exterior norteamericana de los últimos quince años, ha estado relacionado o condicionado por la guerra fría. Pero la guerra fría no es una expresión, una actitud, si se quiere, capaz de mantener largamente una existencia independiente, y menos todavía contradictoria con el medio ambiente. Y la guerra fría nació en unas condiciones completamente distintas a las de hoy. Cuando en 1948 se inició la tarea de formar el instrumento más eficaz, más acertado y más claro—la Organización del Tratado del Atlántico Norte, u O. T. A. N.—de los muchos que han sido creados, ampliados y perfeccionados para el desarrollo de la guerra fría, los Estados Unidos ocupaban en el mundo una posición de preponderancia militar absoluta. Se la daba la posesión y control, únicos y totales, de la bomba atómica.

La bomba atómica era, a la vez, garantía de seguridad y factor de hegemonía. Una Europa occidental devastada, destrozada y desorganizada por la guerra, no podía encontrar, por mucho que fuese su empeño, medios y recursos para contener con eficacia cualquier impulso ofensivo de las divisiones soviéticas que vivaqueaban a orillas del Danubio y el Elba. Bastaría, como elemento de seguridad y contención, con que los Estados Unidos prometiesen, en forma que inspirase confianza, que la bomba atómica había de ser empleada, en caso necesario, para el mantenimiento de la integridad territorial y la soberanía de los países de la Europa occidental.

Pero esto tendría que ser tema de negociaciones y acuerdos, tema de lo que ha ido dando a la política exterior norteamericana líneas de desarrollo independientes—con fundamentos y existencia propios—del medio ambiente. Y, por lo tanto, sin una consideración previa especial de los puntos en que alguna vez habría, necesariamente, de buscar—o de tropezar—el contacto con ese medio ambiente, con la realidad de una vida que ha de moverse dando pasos, es forzoso, por la superficie de la tierra.

En los momentos mismos en que los Estados Unidos fijaban las líneas y condiciones de desarrollo de su política exterior en relación con la guerra fría que empezaba sobre la base, en apariencia incommovible, por lo menos para un largo período de tiempo—se hablaba con aire optimista de diez o quince años, quizá bastantes más—de la posesión y control absolutos de la bomba atómica, esa posesión y ese control se estaban, en realidad, perdiendo a velocidades francamente prodigiosas. Algún indicio de ello debería ser la

contumaz, intransigente, actitud soviética frente a la insistencia—a veces tenía la pretensión de ser imposición—norteamericana por que fuese aprobado en las Naciones Unidas su proyecto de control internacional y desarme atómico.

En cualquier caso, es necesario tener en cuenta el desarrollo peculiar que ha tenido la guerra fría y que siempre, con mayor o menor hincapié, ha buscado, desde el lado norteamericano, un punto de apoyo fundamental en las armas nucleares—dejaron de ser atómicas en el momento en que adquirieron gran desarrollo las armas de fusión (la bomba H o de hidrógeno), para acabar entrando en una fase nueva y de muchas mayores posibilidades de devastación, la de fisión-fusión-fisión, en la que una sola bomba hace uso de la fisión atómica como medio de percusión, para provocar una terrorífica explosión por el procedimiento de la fusión del hidrógeno y, al instante, en millonésimas de segundo y en un ambiente de calor mil veces superior al del sol por su interior y de caos nuclear, multiplicar pavorosamente los efectos devastadores mediante la desintegración (fisión) de nuevos materiales atómicos—a tiempo que, del lado contrario, se iban creando las condiciones y aumentando los medios encaminados precisamente a dejar a los Estados Unidos sin la base sobre la cual se venía edificando.

De continuar las cosas de esa manera, habría de llegarse, fatalmente, a la situación paradójica, absurda, insoportable, de que la nación más poderosa de la tierra se encontrase en los momentos mismos en que su potencia alcanzaba el máximo grado de desarrollo, sin los medios adecuados para la exposición y aplicación de una política que no tenía, no parecía haber tenido en cuenta para nada la marcha misma de los acontecimientos. Esto acabó viéndose, de pronto y con una claridad impresionante, en el momento de producirse la confrontación nuclear rusionorteamericana sobre Cuba, en octubre de 1962.

* * *

Desde el lado norteamericano, la política exterior había tenido un desarrollo constante y, en cierto modo, armonioso, a partir de la creación de la O. T. A. N., la alianza atlántica y todo lo que, basado en el mismo principio, hizo posible la extensión del frente—y la retaguardia—de la guerra fría a toda la periferia, por tierra y por mar, del mundo comunista. Su razón misma de ser eran los arsenales de armas nucleares y los medios de transporte hacia un posible objetivo. El hecho de que pudiesen producirse

acontecimientos capaces de alterar las condiciones de absoluta superioridad en que se encontraban los Estados Unidos, desde un punto de vista militar—y económico también—en el momento de iniciarse la política de contención del comunismo parecía carecer de importancia y significación. A lo más a que se podía llegar sería al insistir más en el desarrollo, siempre sin desviarse de la misma dirección original, de los instrumentos y medios de que ya se disponía.

La política exterior seguía una trayectoria constante. La política militar se esforzaba por mantener un ancho margen de superioridad mediante una mayor y más rápida construcción de armas nucleares y medios de transporte y, a ser posible, más perfeccionados; más seguros y de mayor radio de acción. Mediante el desarrollo constante y hasta sus máximas posibilidades de los adelantos de la ciencia y la tecnología, se tenía la esperanza—con frecuencia parecía ser la seguridad—de mantener neutralizado siempre a un enemigo en potencia, sin que nada importasen lo abundantes y poderosas que fuesen sus propias armas nucleares.

Esta política de acumulación de potencia militar pasó por la fase de la amenaza con las «represalias masivas» y el *brinkmanship*—que a veces casi parecía tener como finalidad preferente acobardar o atemorizar al amigo más bien que impresionar al enemigo, real o en potencia, al acercarlo literalmente al «borde del abismo» de la guerra—como factor de coacción no sólo para mantener al enemigo a raya, sino para iniciar incluso el movimiento de *roll-back*, de repliegue, de retroceso, del enemigo que había avanzado demasiado por Europa, hasta acabar en la incongruencia del *second strike* y el *convincing deterrent*, es decir, el estar en condiciones de realizar un «segundo ataque» de devastadoras dimensiones, aun después de haber recibido los golpes de un primer ataque enemigo, por sorpresa y con armas nucleares. De esta manera el *deterrent*, factor disuasivo, tendría la suficiente fuerza de convencimiento. (Para el caso, es más, en que pudiese producirse una situación que hiciese pensar seriamente en que el enemigo se preparaba para lo que sólo podría ser una acción ofensiva por sorpresa—y los Estados Unidos contaban con medios más que suficientes para mantener una vigilancia constante de los movimientos básicos del enemigo—estaba adquiriendo forma también la estrategia de una *preemptive action*, una acción previa de castigo que no tendría, fundamentalmente, naturaleza ofensiva; sólo defensiva; aun cuando para ser eficaz habría de anteponerse necesariamente a

la agresión enemiga, que se sabía con certeza estaba en las fases finales de su preparación.)

En el desarrollo práctico del poder militar que hiciese posible el mantenimiento constante de un amplio margen de superioridad sobre el enemigo, se llegó a la situación en que se encontraron los Estados Unidos y la Unión Soviética en la última decena de octubre de 1962, cuando se estaban dando los toques finales al dispositivo nuclear que se venía montando en Cuba, a unos cientos de kilómetros y unos minutos de tiempo de muchos de los grandes centros de población e industriales norteamericanos.

La situación a que se llegó parecería ser tan abrumadoramente favorable para los Estados Unidos, en caso de conflicto, que cuando la Unión Soviética se mostró inclinada hacia el lado de la negociación, se aceptó la negociación, a pesar de que una de sus consecuencias inevitables sería un grave debilitamiento político del Gobierno norteamericano—del presidente Kennedy en este caso—por el interior de su país y un fuerte, acaso decisivo, debilitamiento, por el exterior, de la posición hegemónica que los Estados Unidos mantenían en relación con sus aliados y amigos.

* * *

Lo ocurrido desde entonces, una de cuyas manifestaciones más extraordinarias fué el presentar a los Estados Unidos como una potencia en posesión de unos instrumentos de poder tan absolutos que ya sólo podría imponer la solución de un problema tan pequeño como el de Cuba al precio de una devastación total, ha culminado, hasta ahora, en cosas como el Tratado de Moscú, para la prohibición parcial de las pruebas nucleares y un estado tal de *détente* en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que ha permitido, por lo menos, contraer el compromiso de la venta de millones de toneladas de trigo norteamericano, por un valor total, con fletes, superior a los 300 millones de dólares, en condiciones relativamente favorables, con el pago al contado de sólo el 20 por 100 del valor de la compra, dejando el resto para ser pagado en plazos de una duración máxima total de cinco años.

Tenía motivos sobrados sir Alec Douglas-Home, el sucesor de Harold Macmillan en la cabecera del Gobierno de Inglaterra, para observar en un discurso que podía vislumbrarse ya el fin de la guerra fría. No faltaba quien, más optimista o más ilusionado, asegurase que el fin de la guerra fría se ha-

bia producido ya. De ello eran testimonios inconfundibles, se decía, el acuerdo entre Kennedy y Jruschev sobre Cuba y ese tratado de prohibición parcial de las pruebas nucleares.

Demostración clara de que la guerra fría estaba terminando, en el caso de no haber terminado ya, eran los hechos a que daba lugar un cambio radical en la teoría de la estrategia militar norteamericana, ya totalmente replegada de las posiciones avanzadas de la política de las «represalias masivas» y que andaba ahora en busca de posiciones nuevas y mucho más modestas, mucho menos retadoras: las posiciones de la política de la *flexible response*, la respuesta flexible que, en la práctica, no tenía otra equivalencia que el retorno a las posiciones anteriores, que parecían haber sido abandonadas totalmente a las armas atómicas, las establecidas por la política de la guerra tradicional y con armas convencionales.

Este cambio extraordinario y producido como consecuencia de las realidades de una situación práctica en estado de fluidez permanente, pretendió dejar en el mismo estado en que originalmente se encontraban los instrumentos fundamentales de la política de la guerra fría, tales como la O. T. A. N. En el mismo estado, es decir, pero sin dejar por ello de continuar desarrollándose y perfeccionándose, en el sentido y a lo largo de direcciones y directrices que arrancaban de unas situaciones que ya habían dejado de tener vigencia.

El hecho de que ahora se hiciese o se empezase a hacer un hincapié especial en el desarrollo de la fuerza militar de tipo convencional de los países miembros de la O. T. A. N.—con la exclusión de los Estados Unidos, por un lado, y de Islandia, por el otro, la primera de estas dos naciones por su posición dominante en el aspecto estratégico; la segunda, por carecer totalmente de organización militar—no quería decir que se había introducido alteración alguna, fundamental o no, en la estructura y finalidad de la O. T. A. N. Siempre, en realidad, había sido propósito de los Estados Unidos una especialización que permitiese concentrar todo lo posible la atención de sus aliados en otros aspectos de la actividad y preparativos militares que los puramente estratégicos. De hecho, sólo se pretendía introducir un factor de prisa en lo que pareció no tener mayores propiedades apremiantes en los días en que se consideraba abrumadora la superioridad norteamericana en armamento nuclear y en medios adecuados para su transporte hacia un posible objetivo.

Este pensamiento hizo crisis en 1957, con el anuncio soviético de que

eran ya una realidad los proyectiles balísticos intercontinentales, de lo que fué una demostración práctica la colocación en órbita del primer satélite artificial de la tierra, unos meses más tarde, y acabó teniendo una confirmación impresionante con aquel avión «U-2» de observación a grandes altitudes, ideado para marchar por encima de todos los medios de ataque y defensa pasiva, que fué abatido cuando realizaba un vuelo cuya finalidad consistía en atravesar todo el territorio de la Unión Soviética, desde el Pakistán a Noruega, en la primavera de 1960.

Los proyectiles balísticos anunciaban la tremenda, espantosa vulnerabilidad de cualquier porción del mundo; el «U-2» abatido anunciaba el ocaso definitivo de la aviación tripulada como medio de desarrollo de una acción estratégica. Uno y otro acontecimientos estaban llamados a ejercer una influencia grande, quizá decisiva, en el planteamiento de la estrategia militar que había de ser, necesariamente, el factor básico de la guerra fría.

Esa situación de tablas—lo demostró la crisis de Cuba—de auténtico equilibrio del terror, según la expresión gráfica de Churchill, sólo se podría alterar en el caso de existir un estado de ánimo predispuesto a las soluciones catastróficas, cualesquiera que fuesen las consecuencias. De un estado práctico de impotencia—un escritor francés puso en circulación la definición, de aplicación tanto para la U. R. S. S. como para los Estados Unidos, de «superimpotencia»—a que habían llegado los dos contendientes principales de la guerra fría fué saliendo una actitud de resistencia a la aceptación de las condiciones en que se venía desarrollando la guerra fría.

* * *

Un aspecto alarmente, y en ocasiones inaceptable, de la situación estaba en la forma en que se adoptaban decisiones importantes, a veces quizá fundamentales, susceptibles de tener grandes y graves consecuencias y sin el consentimiento previo—a menudo sin la consulta ni la comunicación siquiera—de los países asociados con los Estados Unidos en la O. T. A. N., por ejemplo.

Ante el temor a que los miembros de la O. T. A. N. se viesen envueltos en conflictos generados por la diversidad de los intereses y posibles puntos de fricción de la política exterior norteamericana, en el estrecho de Formosa, por ejemplo, pero que no guardaban ninguna relación directa con lo que se había considerado siempre como el campo de acción y el espíritu de la O. T. A. N., empezaron a surgir serias dificultades y discrepancias.

De una parte se encontraba, pues, el temor y, al fin, la resistencia de algunos miembros de la O. T. A. N. a compartir las responsabilidades de una política en cuya formulación y desarrollo no habían tenido participación alguna. De la otra, el proceso de cambio y adaptación constante de las fuerzas armadas norteamericanas—es de suponer que las soviéticas también—a un ambiente sometido sin interrupción a la influencia de una tecnología en estado de rápido desarrollo. Y el mantenimiento, al mismo tiempo, de posiciones autónomas y hasta independientes de la participación directa de los Estados Unidos en la O. T. A. N.—como el S. A. C. o Mando Aéreo Estratégico, con bases aéreas en Inglaterra y España—por la Europa occidental, y en Marruecos (donde ha concluido prácticamente el proceso de total liquidación) y Libia, en el continente africano, o de la VI Flota del Mediterráneo y la VII Flota, que del Pacífico se va extendiendo también hacia el Indico, con posible tendencia a encontrar nuevos puntos de apoyo para el desarrollo de algo que pudiera acabar siendo una guerra fría, siguiendo líneas contrarias a las trazadas cuando se arrancaba de la O. T. A. N. para avanzar hacia el este, con la ayuda de la C. E. N. T. O y la S. E. A. T. O.

Este doble aspecto de la política estratégica de los Estados Unidos cristalizó en manifestaciones de actuación independiente como la retirada de los proyectiles balísticos de mediano radio de acción—de cuatro a seis mil kilómetros generalmente—montados en Turquía, Italia e Inglaterra; los «Júpiter» en los dos primeros países y los «Thor» en el último, para ser sustituidos por los submarinos atómicos armados con baterías de 16 proyectiles «Polaris», ya con un radio de acción de tres a cuatro mil kilómetros y capaces de ser disparados desde posiciones submarinas.

La entrada en servicio de estos submarinos, ocho o nueve ya por el Atlántico y tres en el Mediterráneo, supone algo más que un notorio grado de perfeccionamiento—y, por lo tanto, de seguridad adicional también—de la política estratégica norteamericana: se ha interpretado asimismo con un avance más en la actitud de despegue, de distanciamiento de una participación directa de los Estados Unidos en un sistema defensivo netamente europeo. Al cabo de los años se ha venido a producir una situación que tiende a confirmar puntos de vista como el de la inevitabilidad, a la larga, de una situación neutralizada, o el de un interés norteamericano por Europa llamado a decaer visiblemente en el momento en que la política exterior norteamericana no se considerase directamente afectada.

Aun cuando fuese de manera indirecta y por razones originales, se estaba

ya en los comienzos de un proceso de repliegue, hacia posiciones marítimas —extraeuropeas— de una parte considerable, por lo menos, de la potencia militar que los Estados Unidos habían estacionado en Europa como aportación al aparato defensivo movilizado en los años de la guerra fría y con miras a tenerlo en condiciones para el caso de que se hubiese de pasar a la fase siguiente, la de la guerra caliente, en las relaciones entre dos mundos antagónicos. Se estaba preparando, es más, un programa escalonado de repliegue y retirada de otras manifestaciones del poder militar norteamericano—como una parte que se quería completar pronto—de las unidades militares que habían sido enviadas a la Alemania Occidental en 1961, en ocasión de producirse un gran aumento de las tensiones en Berlín, con hechos como la construcción del «muro de la vergüenza» entre las zonas occidental y oriental, ésta todavía bajo ocupación soviética y la otra sólo en teoría ya bajo la autoridad de quienes habían sido los aliados occidentales de la U. R. S. S. Había empezado la retirada de algunas de estas fuerzas, se había anunciado la retirada en lo que aún quedaba de año financiero en curso—concluye el 30 de junio próximo—de casi el 20 por 100 de toda la fuerza aérea estratégica norteamericana en Inglaterra y España, se procedía a la retirada del servicio de todos los aviones «B-47» de bombardeo nuclear y, en fin, se acercaba el momento en que todo el poder estratégico norteamericano quedaría reducido a los proyectiles balísticos intercontinentales «Minuteman» y «Titán», montados en su mayoría en bases subterráneas —«silos»—, y a los proyectiles «Polaris» destinados casi exclusivamente para los submarinos atómicos y, de recibir aprobación, a los 25 barcos de superficie que se querían convertir en la fuerza nuclear multilateral de la O. T. A. N., una especie de sucedáneo del apoyo estratégico que los Estados Unidos se hallaban retirando de Europa.

Todo esto hablaba de cambios, de grandes cambios, que fueron causa de debate y mucho malestar entre algunos miembros europeos de la O. T. A. N. Era parte del proceso de transformación de la política de las «represalias masivas», en los días de John Foster Dulles como secretario de Estado, a la política de la «respuesta flexible» de los días de Robert S. McNamara como secretario de Defensa.

* * *

Desde un punto de vista militar podría decirse que los Estados Unidos no han tenido una verdadera política estratégica a lo largo de toda la post-

guerra. El hecho de que durante una gran parte de este periodo—que todavía persiste—se hubiese mantenido un servicio de alerta permanente con un número de aviones de bombardeo en vuelo constante, las veinticuatro horas del día, con la carga nuclear dispuesta para ser enviada contra un objetivo enemigo, se ha considerado más de una vez como el sustituto, nunca perfectamente satisfactorio, de una política estratégica en estado de evolución, desarrollo y adaptación constantes. Así se ha llegado a la situación en que se encontraban los Estados Unidos en la víspera ya del increíble atentado que puso fin a la vida del presidente Kennedy, que dió lugar, era inevitable, a que se hablase de posibles, quizá seguros, cambios en la política exterior de la nación.

De un hecho de esta naturaleza se desprenden automáticamente, en la vida constitucional de los Estados Unidos, dos hechos fundamentales: Uno, esa sensación de continuidad que llevó a un conocido comentarista, James Reston, a resumir de esta manera: «No es éste un mal momento (aquel en que fué asesinado Kennedy) para recordar que el Gobierno de los Estados Unidos tiene una vida suya propia. Es una institución permanente. No puede ser asesinado por nada menos que la destrucción de la nación, y la Administración, que ahora actúa bajo el presidente Johnson, es algo de mucho talento.» Advertía, un poco más adelante, más bien con el propósito de definir una situación que de crear un estado de ánimo: «Hay aquí (en los Estados Unidos), en resumen, continuidad no sólo de hombres capaces, sino de política. »

James A. Garfield, otro de los cuatro presidentes asesinados de los Estados Unidos, dijo eso mismo de otra manera al comentar el atentado de que había sido víctima Abraham Lincoln, dieciséis años antes de su propia muerte, en circunstancias parecidas: «Queridos conciudadanos, Dios reina y el Gobierno en Washington vive todavía.»

El Gobierno en Washington vive todavía después del asesinato de un presidente más que ~~es en su momento~~—el resumen y la representación del poder ejecutivo y ~~de ello se ha~~ tenido ya confirmación y prueba en cuatro ocasiones distintas, ~~todas ellas~~ en algo menos de un siglo, por lo que se trata de hechos recientes. Cuando el presidente Kennedy fué asesinado, el secretario de Estado, que en el Gobierno—en eso que en los Estados Unidos se llama *the Cabinet*—ocupa una posición secundaria sólo en relación con la de presidente, Dean Rusk, se encontraba viajando rumbo al Japón, después de haber asistido en Honolulu a una importante conferencia sobre

la situación a que se había llegado en el Vietnam del Sur, donde hacía sólo tres semanas que había sido asesinado también el presidente y uno de sus hermanos—aun cuando en circunstancias bastantes distintas. Al tenerse noticias de lo sucedido, dió orden para que el avión diese la vuelta y se dirigiese a Washington en vez de continuar hacia Tokio.

Llegó a Washington en los momentos en que uno de los consejeros principales y más allegados del presidente asesinado estaba ordenando las cosas y preparándolas de tal modo que su sucesor, Lyndon B. Johnson, pudiese tener una idea, lo más acabada y rápida posible, del estado en que se encontraban. Mr. Rusk se dirigió a su despacho, en el Departamento de Estado, para hacer otro tanto, por su lado, con objeto de tomar directamente, mientras podían llegar nuevas instrucciones y órdenes, el control directo de un vasto mecanismo en el cual encuentran ocupación unas 25.000 personas, sin contar con el personal del Servicio Exterior, que puede muy bien no tener bastante con mil o dos mil funcionarios en sólo alguna de las grandes capitales del mundo. Tenía prisa Mr. Rusk, porque, dijo casualmente, al pasar: «Tenemos muchos asuntos sin terminar.» Todo estaba en marcha y todo había, forzosamente, de continuar de la misma manera.

No de la misma manera, precisamente, porque si bien el Gobierno vive mientras el presidente muere y existe una sensación perfecta de continuidad en la política, el «presidente es el único órgano de la nación en sus relaciones externas», como dijo, ya en los comienzos del siglo pasado, un jurista notable y durante largo tiempo presidente del Tribunal Supremo, John Marshall.

Y hay diferencias, de carácter, de manera de ver y entender las cosas, de valorarlas y apreciarlas, aun cuando, en líneas generales, sea grande la coincidencia, en lo fundamental, entre el presidente Kennedy, que advirtió, una y otra vez, que en la guerra no se puede encontrar la solución para los problemas del mundo, pequeños o grandes, y el presidente Johnson. Expuso Kennedy, en otra ocasión: «Los problemas básicos a que ha de hacer frente el mundo de hoy no son susceptibles de una solución militar final. Aun cuando hemos de requerir largamente los servicios y admirar la dedicación y el cometido de los hombres de combate de esta nación, ni nuestra estrategia ni nuestra psicología como nación... se puede permitir que dependan permanentemente de un establecimiento militar en estado de crecimiento constante.»

Lo mismo, en el fondo, que lo que dijo Johnson apenas había tomado

posesión del cargo que dejó Kennedy, al morir de tan ingrata manera. «Esta nación—los Estados Unidos—mantendrán sus compromisos desde el sur de Vietnam al Berlín occidental. Será incesante nuestra busca de la paz... de zonas de acuerdo con aquellos con los cuales tengamos diferencias...»

«En esta era—añadió, en su discurso al Congreso reunido en sesión especial y conjunta—en la que no puede haber derrotados en la paz ni vencedores en la guerra, tenemos que reconocer la obligación de contrastar la fuerza nacional con la moderación nacional.»

Nadie podría sostener que los Estados Unidos—el mundo más bien—en que se decían estas cosas, desde las posiciones de la más alta autoridad nacional, eran los mismos en que se habían preparado, expuesto y desarrollado las fórmulas que convirtieron en una realidad la idea de la guerra fría.

Una idea—y una realidad, desde hacía buen número de años—que sólo en el breve transcurso de dos años, de 1961 a 1963, había pasado, como en un salto prodigioso, del concepto de *missile gap*—una supuesta y notoria inferioridad norteamericana en proyectiles balísticos, en relación con la Unión Soviética—al de una superabundancia de armas y poder militar que colocaba a los Estados Unidos en posición de ventaja abrumadora, desde todos los puntos de vista, en relación con la Unión Soviética.

* * *

En el corto espacio de tiempo que media entre la campaña electoral de 1960, en la que se destacó el candidato demócrata John F. Kennedy, y el increíble asesinato de Dallas, el 22 de noviembre de 1963, en los Estados Unidos—por lo menos en lo que se podría considerar como la expresión de la política oficial de la nación—se había pasado del *missile gap* al *divisional gap*, de una tremenda inferioridad, en relación con la U. R. S. S., en materia de proyectiles balísticos, que al parecer nunca había existido, a una grande, abrumadora inferioridad en el número de divisiones que desde hacía años se insistía en que se hallaban alineadas o en condiciones adecuadas para ser alienadas a lo largo de un posible frente de batalla por Europa.

Este *divisional gap*, que en cierto modo podía considerarse como la resistencia de las armas y los conceptos convencionales a perderse de vista, a morir, podía resumirse brevemente en la forma en que fue presentada la situación en los tiempos en que la O. T. A. N. se hallaba ya plenamente

formada, pero sin haber alcanzado, ni con mucho, el desarrollo previsto, hasta disponer de un total de 96 divisiones en condiciones de ser situadas frente a las 175 que se aseguraba tenía la Unión Soviética, perfectamente encuadradas, entrenadas y equipadas. (Esta fuerza militar de tipo convencional debería de haber aumentado en años sucesivos, puesto que estos datos son anteriores a la formación del Pacto de Varsovia, formado precisamente como una organización militar rival de la O. T. A. N. y quizá predestinada más bien a ser un instrumento de la guerra fría que de una posible guerra caliente.)

Por el lado de la O. T. A. N. nunca ha sido posible, a lo largo de los años transcurridos, acercarse siquiera a ese objetivo mínimo de las 96 divisiones. Que esto era una aspiración irrealizable, se puso pronto en evidencia, hasta el punto de introducirse alteraciones radicales en el programa, apenas disfrazadas bajo las apariencias de cambios de énfasis para la mejor y más adecuada atención de lo que parecía tener una mayor prioridad. Se acabó dando forma a un programa de organización militar por el centro del dilatado frente de la O. T. A. N., entre el Mar Báltico y Suiza, con una cobertura de 30 divisiones. De ellas, 12 iban a ser alemanas (ya lo son 11, que es a lo que ha llegado a disponer la *Bundeswehr*, en el estado avanzado de desarrollo en que se encuentra), seis norteamericanas, cinco francesas y dos o tres anglocanadienses. Pero en los momentos que otra vez parecían de crisis, por causa de Berlín principalmente, en 1961, el general Lauris Norstad, comandante supremo de las fuerzas militares de la O. T. A. N. en Europa—, ya prácticamente dimitido, a causa de serias discrepancias con la política militar de su propio país, los Estados Unidos—, se quejó de que no todas las 25 divisiones de que dijo estaban teóricamente bajo su mando se hallaban en condiciones de entrar en acción, caso de que la acción fuese necesaria. Y desde entonces y quizá a causa de haber aflojado de nuevo la tensión, se ha perdido terreno, puesto que este máximo divisional teórico se ha reducido a 23.

Por el otro lado, por el de la Unión Soviética (y el Pacto de Varsovia), ¿cuál es la situación real?

En un discurso, al que se concedió una gran importancia, seguramente con razón, pronunciado el día 18 de noviembre, cuando el presidente Kennedy estaba a punto casi de salir para Tejas, para el dramático, apenas verosímil encuentro con la muerte, el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert S. McNamara, a quien se tenía por la personalidad oficial

más importante de los Estados Unidos, después del presidente Kennedy, hizo la afirmación pública y sorprendente de que el Occidente se encontraba en condiciones de franca, abrumadora superioridad militar frente al Oriente. La declaración, hecha con toda claridad en un discurso pronunciado en el Club Económico de Nueva York, es importante no por lo que en ella pudiese haber de nuevo—no mucho, en realidad—, sino por el tono de seguridad y confianza en la amplitud y capacidad de los recursos militares del Occidente para hacer frente a cualquier contingencia. Se había alcanzado el punto en que el Occidente se encontraba nada menos que en libertad «para ir en busca de los objetivos pacíficos del mundo libre sin temor a la agresión militar».

Se había llegado a una situación nueva y, en su conjunto, sin precedentes; se había llegado a una situación de cambio radical y práctico en la política militar—y en la política exterior también, por supuesto—de los Estados Unidos. Hechos como el acuerdo Kennedy-Kruschev de octubre de 1962 sobre la cuestión cubana, y de julio de 1963, sobre el Tratado de Moscú para la prohibición parcial de las pruebas nucleares, adquirirían de pronto una significación especial y de grande, quizá decisiva, importancia.

El discurso de Mr. McNamara, el hombre que había dispuesto que ningún militar hiciese declaración alguna de política sin haber contado antes con el visto bueno del Departamento de Defensa (en realidad de la Casa Blanca) y contra lo cual se habían producido indignadas protestas de los que se consideraban y sentían «amordazados», era el propio secretario (ministro) de Defensa y contaba con la confianza absoluta del presidente. Es la suya una declaración que carecería por entero de sentido si no fuese el anuncio de un gran cambio en la política militar (y exterior) de los Estados Unidos, de un gran cambio en la actitud de los Estados Unidos hacia la guerra fría, de un gran cambio, en fin, en todo un estado de cosas llamado a tener, de una manera u otra, repercusiones tan anchas como hondas.

El estado de superioridad—de confianza—a que se había llegado se apoyaba en la exposición hecha por Mr. McNamara en esta ocasión y resumida a continuación, con la mayor brevedad posible:

Armas estratégicas.—Los Estados Unidos cuentan ya con más de medio millar de proyectiles balísticos operacionales de largo radio de acción, que para 1966 subirán a 1.700. La Unión Soviética dispone de una fracción nada más de esta fuerza impresionante. Los Estados Unidos disponen de

más de 500 bombarderos en estado de entrar rápidamente en acción, el doble de la comparable capacidad soviética para realizar un ataque inicial sobre la América del Norte. Centenares de proyectiles balísticos de menor radio de acción refuerzan y aumentan mucho la superioridad de los Estados Unidos. Por lo tanto, el factor de disuación—*deterrence*—contra un ataque deliberado «parece estar tan asegurado como lo que pueda ser posible...». El desarrollo de la fuerza estratégica de los Estados Unidos es constante y sorprendente. En los últimos dos años, dijo Mr. McNamara, el *megatonelaje* (una de esas palabras nuevas y terribles, que habla de un tonelaje en megatones, es decir, en el equivalente de millones de toneladas de T. N. T.) de la fuerza estratégica norteamericana en estado de alerta ha subido en un 100 por 100. De continuar subiendo a este ritmo, se entraría de lleno en la fase de los *diminishing returns*, de los beneficios o resultados en disminución y, en definitiva, en la fase de un costo que más que inútil representaría una carga pública inmoderada. (Apenas había pasado un mes cuando el propio McNamara, en la sesión ministerial de la O. T. A. N., celebrada en París, habló en forma parecida del enorme poder estratégico de los Estados Unidos, con más de 2.000 cabezas atómicas listas para el caso de guerra y con la presencia, entre otras muchas cosas, de un arma nueva, el mortero atómico de 155 milímetros, capaz por sí solo de aumentar mucho más el poder de las fuerzas armadas de tierra, que según McNamara había subido ya en un 45 por 100 en los dos últimos años.)

Armas tácticas.—Los Estados Unidos han continuado almacenando decenas de miles de cargas tácticas, considerablemente superiores a todo lo anterior en diseño y diversidad no menos que en cifras. Los arsenales establecidos en Europa han aumentado en un 60 por 100 en los dos últimos años, y en ellos hay decenas de miles de cargas dispuestas para su uso inmediato en la defensa de Europa y cuya fuerza explosiva total es más de 100.000 veces mayor que toda la fuerza de las armas nucleares utilizadas hacia fines de la segunda guerra mundial.

Fuerzas convencionales.—En 1955, la Unión Soviética contaba, siempre según lo dicho por Mr. McNamara en ese discurso pronunciado en Nueva York, con un total formidable de 5.750.000 soldados; actualmente dispone de unos 3.300.000, y el total de las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia sube a unos 4.500.000 hombres. Frente a esto, los países miembros de la O. T. A. N. disponen de fuerzas armadas que en total cuentan con más de

5.000.000 de hombres. Sus fuerzas de tierra se elevan a 3.200.000 hombres, de los cuales 2.200.000 se encuentran en Europa. Frente a ellas, la Unión Soviética dispone de unos dos millones de soldados, y el Pacto de Varsovia, en su conjunto, de unos tres millones. Las investigaciones realizadas recientemente revelan que, en vez de 175 divisiones, como se ha dicho repetidamente, la Unión Soviética cuenta con menos de la mitad en condiciones adecuadas para entrar en combate. Pero incluso una cifra como ésta resulta altamente engañosa, puesto que si la Alianza Occidental se reorganizase ajustándose más a las líneas soviéticas, se encontraría en condiciones de alinear un número mucho mayor de divisiones de las que actualmente dispone.

Las palabras de McNamara no dejaban sitio para la duda. «En la Europa central—afirmó—, la O. T. A. N. dispone de más hombres, y de más fuerzas de combate, en tierra, que el bloque (comunista). Tiene más hombres en tierra en la Alemania Occidental, que tiene el bloque en la Alemania Oriental. Tiene una aviación táctica mayor y mejor... y son éstos hechos que resulta difícil conciliar con el cuadro familiar del Ejército ruso, presentado como algo incomparablemente macizo.»

No podía faltar quien se mostrase altamente sorprendido por la declaración, para muchos asombrosa, hecha por el secretario de Defensa. El asesinato del presidente Kennedy interrumpió, casi del todo, la discusión—y la polémica—que ya empezaba y que pudiera tener con mayor y principal justificación la puesta en marcha de un plan de retirada gradual—y nada lenta—de las fuerzas armadas norteamericanas en Europa, hasta dejarlas reducidas quizá a esa división simbólica que, según el ex presidente Eisenhower, es todo lo que se necesita para «enseñar la bandera», para hacer un acto de presencia con el cual demostrar que los Estados Unidos se hallan total e irremediabilmente comprometidos en la tarea de la defensa de Europa, en el caso de que la defensa de Europa lo hiciese necesario.

* * *

Pero la retirada había empezado. ¿Porque los Estados Unidos se desentendían de Europa? De ninguna de las maneras. Porque, en realidad, la presencia de esas fuerzas no era necesaria ya, puesto que se había producido un cambio radical en la situación a que la guerra fría había conducido y puesto que suponían un gasto que se iba haciendo intolerable y una de cuyas consecuencias era esa sangría en dólares representada por

el déficit crónico en la balanza de pagos norteamericana, que en 1963 había incluso estado a punto de saltar por encima de todos los *records* anteriores. La operación de repliegue se había iniciado meses atrás con la retirada de los proyectiles balísticos montados en Turquía, Italia e Inglaterra y con la puesta en marcha del proceso de retirada de los aviones «B-47» del S. A. C. y una consiguiente reducción de personal y de bases.

Pero, aun así, ¿cómo se explica la diferencia, tan llamativa, en la actitud del mismo McNamara en 1961, cuando llegó al Departamento de Defensa, y a fines de 1963, cuando se encontraba pronunciando ese extraordinario discurso? Lo que se ha dado en llamar el «juego con los números» había empezado antes que él, sin duda, pero fueron McNamara y Kennedy quienes insistieron mucho en el *missile gap* que acentuaba el estado de desequilibrio en que los Estados Unidos se encontraban en relación con el poder militar de la Unión Soviética. Un juego que cambió de dirección en seguida, cuando ya había alcanzado franco desarrollo el programa de fortalecimiento de la postura militar de los Estados Unidos, que fue aspecto dominante de la política del presidente Kennedy en los dos primeros años de su estancia en la Casa Blanca.

Después vino el proceso, muy rápido, de revisión de cálculos y argumentos no menos que la intensificación de una política cuya característica más llamativa era el proceso de rápido envejecimiento de las armas nuevas y, finalmente, la busca afanosa de lugares por los cuales hacer economías importantes, a ser posible voluminosas. Incluso corriendo a veces el riesgo de crear serias dificultades políticas, dentro y fuera de la nación, como resultó de la decisión de abandonar las tareas de desarrollo del avión «RS-70», de bombardeo intercontinental y velocidad de *Match-3* (tres veces superior a la velocidad del sonido), en el que se habían gastado ya cientos de millones de dólares y en el cual se esperaban invertir todavía algunos miles de millones; o de la decisión, adoptada poco después del acuerdo Kennedy-Jrushev sobre Cuba, el más extraordinario, hasta ahora, de los acontecimientos de la guerra fría, de suprimir los trabajos de desarrollo del proyectil «Skybolt», de aire a tierra, en el cual se habían gastado ya unos 500 millones de dólares y en el cual se apoyaba toda la estrategia británica para los años próximos.

Finalmente se llegó al proceso de revisión de los cálculos que se habían hecho y mantenido sobre el potencial militar convencional de la Unión

Soviética, una revisión que acabó reduciendo el total de sus divisiones en servicio activo a no más de 60.

Así se ha llegado a la situación de incongruencia, de absurdo casi, que existía en los momentos en que Mr. Kennedy era asesinado en Dallas y que ha continuado—se ha agrandado—desde entonces y se ha vuelto a animar como consecuencia de la forma tan desalentadora en que se celebraron las sesiones del Consejo Ministerial de la O. T. A. N. a fines del año pasado, y en el que la delegación norteamericana tenía instrucciones precisas de no suscitar cuestiones capaces de crear una situación polémica. Nunca se celebró una reunión más sosegada y armoniosa que aquella. Se llegó al punto de dejar reducidos a dos los tres días de sesiones que estaban previstos. No se necesitaba más, ni tanto siquiera, para hacer algunas declaraciones que todo el mundo sabía que carecían totalmente de significación. No en balde al doctor Adenauer, que ya no era canciller, le pareció grave que una reunión proyectada para tres días hubiese concluido en dos.

En el fondo estaba el ambiente de disensión, de desavenencia, de conflicto incluso, del cual podía ser representación máxima la posición francesa, dispuesta a desarrollar rápidamente su propia fuerza nuclear independiente y a no dar crédito alguno a la insistencia reiterada de los Estados Unidos de que no perdían interés alguno por las cuestiones europeas. En síntesis, la posición de los Estados Unidos se parecía mucho a la de la Unión Soviética: las dos formidables superpotencias nucleares de la era atómica. Ya lo había dicho uno de los grandes portavoces de la actitud mantenida por Francia bajo la dirección del general De Gaulle, al advertir que «no hay mucha diferencia» entre la fórmula de retirada gradual hacia el mar de las posiciones militares que los Estados Unidos han establecido en la Europa occidental y la insistencia soviética en una Europa neutralizada cuyo mejor exponente fué el Plan Rapacki, cuya finalidad específica consistía en la neutralización y desnuclearización de la Europa central.

Grande y posiblemente creciente empezaba a ser la oposición británica a ciertos aspectos fundamentales de la colaboración militar atlántica, sobre todo a la proyectada formación de una fuerza nuclear multilateral, con 25 barcos de superficie, armados cada uno con ocho proyectiles «Polaris», con carga nuclear. A las muchas expresiones de oposición y descontento a que este proyecto ha dado lugar, se ha añadido la del contralmirante G. T. S. Gray, de la Real Marina inglesa, primera figura naval del Colegio Imperial de Defensa de Londres. Sus juicios, francamente contrarios a esa fuerza

nuclear multilateral, dotada de barcos cuyas tripulaciones multinacionales plantearían muchos «problemas formidables», lo suficiente para convertirlas en un concepto irrealista, aparecen en *Naval Review*, 1963, el autorizado anuario que publica el Instituto Naval de los Estados Unidos.

* * *

Por Europa, unas declaraciones como esas de Mr. McNamara apenas han servido para nada más concreto que el afirmar no menos que generalizar el convencimiento de que toda la política militar, toda la política exterior, es más—por lo menos en lo relativo a Europa—, toda la actitud, en fin, de los Estados Unidos hacia la guerra fría está en proceso de cambio y transformación.

Hasta ahora, siempre era posible encontrar un denominador común para las manifestaciones, por variadas que fuesen, de las relaciones de los Estados Unidos con Europa: el de la necesidad de tomar medidas para hacer frente, con la mayor decisión y efectividad posibles, a un acto de agresión soviética contra una porción cualquiera de la Europa occidental. Pero si todo ese imponente aparato militar que se aseguraba tenía dispuesto la Unión Soviética y también sus aliados—no existe, si de pronto han desaparecido un total de 100 divisiones rusas, por lo menos, eso quiere decir, como ya se ha advertido, que «ni siquiera se puede esperar que llegue a producirse un ataque ruso contra Europa en escala convencional».

La lógica de esta argumentación tropieza, sin embargo, con un nuevo y sorprendente obstáculo: con la renovada y muy decidida persistencia norteamericana en convencer a sus aliados en la O. T. A. N. para que acometan, sin pérdida de tiempo, una política activa de desarrollo, modernización y preparación intensa de sus propias fuerzas militares convencionales.

¿Qué quiere decir esto? Apenas podría decir más que una de dos cosas: que se ha desvanecido la posibilidad misma de un conflicto nuclear o, en cualquier caso, que los Estados Unidos no están dispuestos a recurrir a las armas nucleares si llegase a producirse un acto de agresión en Europa capaz de ofrecer alguna perspectiva de localización. Al hablar de esta cuestión, el general Thomas D. White, que fué jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos (en la actualidad está retirado), advierte que la insistencia norteamericana en las armas convencionales y las nuevas doctrinas gemelas de «la respuesta flexible» y «la pausa convencional» dejan

por el otro lado del Atlántico, el europeo, la impresión de que los Estados Unidos tratan de escurrir el bulto, sencillamente.

La situación, desde este punto de vista, ha empeorado mucho, si cabe, con la muerte del presidente Kennedy. A pesar de la promesa hecha por su sucesor de «continuar» con la tarea iniciada y cuyo motivo central había sido el llamamiento que había hecho Kennedy para «poner otra vez a esta nación (los Estados Unidos) en movimiento», una sensación de parálisis se conjuga con el convencimiento de que se está dentro de una fase en la que el cambio lo domina todo. Hace ya tiempo que se ha dejado de hablar, en cualquier caso, por los Estados Unidos, de las *massive reprisals* con que Mr. Dulles había amenazado al comunismo—para que de la combinación de cosas tan paradójicas y contradictorias salga un estado de confusión casi perfecto. Por los Estados Unidos se quiere acelerar mucho el ritmo de proyectos como el «Dyna-Soar», un vehículo espacial destinado a volver a la tierra planeando y en el cual se llevaban gastados ya unos 400 millones de dólares y se calculaba que se habrían de gastar varias veces más antes de hacer los primeros vuelos, hacia finales de la década actual, o la decisión de descartar otro proyectil dirigido, el «Typhon», un arma para uso naval y en la que se consideraba necesario que se habrían de gastar no menos de 500 millones de dólares antes de convertirla en realidad—el costo hasta ahora ha sido muy pequeño, tal y como se miden estas cosas, de unos 25 millones de dólares, alrededor de 1.500 millones de pesetas, según datos officiosos—y la reducción, que ha empezado ya, de bases y de personal. Están en vías de liquidación o transformación 33 bases y grandes establecimientos militares norteamericanos, de ellas siete en el extranjero, y los planes de reorganización y contracción apenas se podría decir que han empezado.

Está también en proceso de contracción—quizá de liquidación, en líneas fundamentales—la política de ayuda al exterior, que ha sufrido un golpe tremendo con las reducciones impuestas por el Congreso al cabo de meses de agrias discusiones y resistencias a las peticiones constantes, primero de Kennedy, después de su sucesor, Lyndon B. Johnson. De casi 5.000 millones de dólares que el presidente Kennedy había solicitado para el año fiscal de 1963-64 (que termina el 30 de junio próximo), reducidos más tarde, en vista de informes tan desfavorables como el preparado por un comité encabezado por el general Lucius D. Clay, a lo que se calificó como el mínimo indispensable, si no se quería ocasionar un daño grave a la

política exterior de la nación, de 4.500 millones de dólares, el Congreso acabó concediendo sólo 3.000 millones de dólares. (A los que se pueden agregar 208 millones autorizados el año anterior y no gastados todavía.) La situación empezaba a ser comprometida porque en este programa se incluye la ayuda militar y la económica y una y otra son indispensables para el mantenimiento de lo que se han convertido en posiciones vitales de la guerra fría, como la Corea del Sur, Formosa, el Vietnam del Sur y, en forma menos agudizada, las que se extienden a lo largo de una gran parte de la periferia restante del mundo comunista, como la India, el Pakistán y hasta algunas que se hallan incluso dentro del mundo comunista, como Polonia, o con grandes posibilidades de entrar en él, como Yugoslavia.

Los Estados Unidos, en medida mucho mayor que la Unión Soviética, necesitan disponer de recursos enormes para el mantenimiento de posiciones siempre inseguras y con frecuencia capaces de sufrir alteraciones tan asombrosas como la que ha convertido al Pakistán, durante años el más fuerte y decidido bastión de la defensa occidental en el mundo asiático continental, en lo que parece ser una posición *alineada* con el lado opuesto, con la China comunista.

Se decía, y había motivos suficientes para creerlo, que no habría cambios en la política exterior de los Estados Unidos como consecuencia de la muerte del presidente Kennedy. La mejor prueba de ello, además de las afirmaciones repetidas de Mr. Johnson, estaba en la continuación de las mismas personas en los mismos cargos, incluso aquellos que habían formado una parte muy íntima y muy personal del servicio de consejeros y ayudantes del asesinado presidente. Más aún, el secretario de Estado, Dean Rusk, no sólo continuaba en el cargo, sino que en adelante su posición se vería muy fortalecida. Esto más bien que una garantía de que no habría cambio alguno, pudiera ser la promesa de cambios, en el caso de que Mr. Rusk no estuviese siempre de acuerdo con lo que se había hecho hasta entonces, ya que por encima de él, como secretario de Estado, está, constitucionalmente, el presidente, y ya que Mr. Kennedy había mostrado una tendencia muy acusada a ser su propio secretario de Estado, con la ayuda y consejo de un buen número de colaboradores que, en la práctica, ocupaban, para algunos aspectos básicos de la política exterior de la nación, posiciones de mayor importancia que la del propio secretario de Estado.

Pero deberían ser tenidos en cuenta dos hechos fundamentales: Uno, el cambio que ya se estaba produciendo en la política exterior norteameri-

cana, sobre todo en aspectos de tanta importancia como las relaciones con la Unión Soviética, de lo cual fué una demostración significativa la decisión de hacerle una venta de trigo por valor de unos 250 millones de dólares, hecho hasta entonces sin precedentes en la historia de ambas potencias, y las relaciones en el seno de la Alianza Atlántica en general y de los Estados Unidos con alguno de sus miembros, en particular. Otro, el hecho, muy importante, quizá fundamental, de haber llegado Mr. Johnson a la presidencia en forma inesperada y cuando faltaba poco más de medio año para la celebración de la Asamblea Nacional de su partido, el Demócrata, en la que se procedería a la designación del candidato a las elecciones presidenciales de este año de 1964, con lo cual empezaría la campaña electoral. De las aspiraciones de Mr. Johnson a ser el candidato demócrata no podría dudarse; las posibilidades de alcanzarla parecían ser definitivas. Por lo tanto, una gran parte de la vida oficial del presidente habría de estar influenciada necesariamente por este hecho fundamental y la primer consecuencia sería el paso de la política exterior a ocupar una posición secundaria.

La guerra fría había entrado en una fase nueva, sin duda, con la crisis de Cuba. Muy bien pudiera estar a punto de entrar en una fase más nueva aún en los momentos en que Mr. Kennedy fué asesinado, con el abandono definitivo de la política de las *massive reprisals* para entrar de lleno en el desarrollo de la política de las *flexible responses*. La necesidad de adoptar un programa de serias economías en algunas partidas del presupuesto—para contrarrestar otros aumentos de mucha importancia, como el que representaba la entrada en vigor de un salto importante en la escala de sueldos militares, que por sí solo había de suponer una adición a los gastos militares de más de 3.000 millones de dólares, más bien que para efectuar una reducción general en los presupuestos, que no resultaría posible, puesto que ya se preveía que el total de 98.800 millones de dólares de los presupuestos del año vigente podría pasar al fin de los 100.000 millones para el año fiscal de 1964-65—y de aceptar una tremenda contracción en el programa de ayuda al exterior justificaría por sí solo una pausa, para poder tomar bien el pulso a la nueva situación. Pero había muchas otras cosas que apuntaban en la misma dirección.

Había el cambio en la política exterior italiana, hacia posiciones más inclinadas en favor del neutralismo; había el cambio producido en la dirección de la política inglesa y el convencimiento del nuevo primer ministro,

sir Alec Douglas-Home, de que, con unas elecciones generales a la vista, para la primavera o el otoño próximo, no sólo es posible, sino necesaria una política de aproximación a la Unión Soviética y, en consecuencia, de gradual descongelamiento en el ambiente durante tantos años dominado por la guerra fría; había también, acaso lo más importante de todo, el cambio producido en la Alemania Occidental con la terminación de la *era de Adenauer* y el comienzo de una política de mayor acercamiento a los Estados Unidos e Inglaterra, en particular en lo relacionado con la Comunidad Económica Europea, pero también de desarrollo activo de las relaciones económicas y culturales con la Europa oriental, que se había traducido, apenas había tomado el profesor Ludwig Erhard posesión de la cancillería, en nuevos y mayores acuerdos comerciales con algunos países comunistas, en el establecimiento de misiones comerciales y la negociación para continuar por el mismo camino y, en fin, en el desarrollo de una atmósfera de distensión, que no excluía, sino que parecía crear, al nuevo recelo, que se traducía, por un lado, en una cierta sensación de inquietud política en el interior y, por el otro, en la apertura de unos boquetes en el *muro de la vergüenza*, que desde el 13 de agosto de 1961 atraviesa la ciudad de Berlín, para dejar paso a cientos de miles de residentes del Berlín Occidental, para permitirles visitar a familiares y amigos en el Berlín Oriental, un acontecimiento sorprendente, y más aún por haber caído muerto, en el sector oriental, un joven de dieciocho años que intentaba pasarse, saltando por encima de esa monstruosa línea que parte en dos a la antigua capital de Alemania. El clima de distensión estaba en evidencia en Berlín y, en cambio, la anterior actitud de aproximación del profesor Erhard hacia los Estados Unidos e Inglaterra no acababa de dar los frutos codiciados. Parecía, es más, que acabaría desvaneciéndose, incapaz de resistir la acción de acontecimientos como el acuerdo adoptado a fines de 1963, que hace posible la creación dentro de la C. E. E. del mercado común para los productos agrícolas que ya se hallaba en estado de muy avanzado desarrollo para los productos industriales. En adelante, la C. E. E. no tendría que avanzar a saltos, sobre una pierna, la industrial. Se le prometían dos, para que los movimientos fuesen más naturales y armoniosos.

* * *

Mr. Johnson, no menos que Mr. Kennedy, tenía muy en cuenta, sin duda, a Woodrow Wilson, que también había ocupado ese mismo cargo y

en momentos de singular importancia para la historia de los Estados Unidos, cuando advirtió que «el presidente está en libertad, tanto legal como de conciencia, para ser un hombre tan grande como pueda».

Que Mr. Kennedy aspiró a ser un gran presidente, el mayor, a ser posible, en la historia de los Estados Unidos, es algo que se puede admitir como un hecho axiomático. Las dificultades y las resistencias, internas y externas, no le dejaron ir más allá del intento. Inesperadamente, cuando ya se encontraba tomando posiciones que parecían ser de imponente solidez, con miras a unas elecciones ya relativamente próximas—a Dallas le había llevado ante todo el deseo de crear un ambiente acogedor con la atención puesta en esas elecciones—y a cuatro años más en la Casa Blanca en los que ya no tendría que pensar para nada en las cuestiones electorales, todo se vino abajo, todo quedó reducido, en el mejor de los casos, en promesas a las que no se dió la oportunidad de entrar en contacto con las duras condiciones de la vida práctica.

Mr. Johnson aspira, sin duda, a dejar bien calcada la imagen de su personalidad en una era en la que, por pura casualidad, se encontró en condiciones de tener una actuación muy importante, quizá hasta decisiva. Pero, ¿con qué perspectivas?

Eso es, por supuesto, una incógnita. Sólo se sabe cuáles son sus propósitos y esto empezó a dibujarse con una claridad absoluta en la primera ocasión que se le presentó, que fué la sesión conjunta de las dos cámaras del Congreso, reunidas en sesión especial para escuchar su palabra. En un discurso muy breve, pronunciado cuando aún no hacía una semana del asesinato del presidente Kennedy, hizo hincapié ante todo en dos cosas: continuidad y acción. Quince veces empleó la palabra acción o actuar, principal, casi exclusivamente, en cuestiones de política nacional. Lo otro, la política exterior, que se había convertido en el aspecto dominante ya de la vida de los Estados Unidos, podría esperar, tendría que esperar.

Pero, ¿estaría el mundo dispuesto a esperar? En lo que hasta entonces se hubiera podido considerar como el aspecto más llamativo o apremiante de la cuestión, no había motivos serios de preocupación. Si los Estados Unidos tenían problemas, también los tenía la Unión Soviética. Mayores y más numerosos aún, problemas de dimensiones tan asombrosas y tan inesperadas como la compra por el exterior de víveres en vasta escala, por un valor que acaso pasase bastante de los 1.000 millones de dólares y con unas relaciones con la China comunista que habían llevado prácticamente a una

situación de ruptura con el intercambio de dos enormes y ofensivas comunicaciones—cartas—de los respectivos comités centrales. De la parte de la Unión Soviética no eran de esperar complicaciones ni grandes quebraderos de cabeza.

Lo decían con mayor decisión hechos como la anunciada adopción de economías en el presupuesto militar, de unos 600 millones, en unos gastos totales de 13.300 millones de rublos (cerca de 878.000 millones de pesetas, una fracción nada más del presupuesto militar norteamericano, que pasa con mucho de los tres billones de pesetas, aun cuando no tanto en la práctica como en la apariencia, debido a que en la Unión Soviética muchas partidas de gastos netamente militares, en particular cuando se trata de material pesado, de equipo y de instalaciones, figuran en otros presupuestos). Si los Estados Unidos se encuentran ante la necesidad de adoptar una política de economías, eso mismo es lo que necesita la Unión Soviética, y con mucha prisa y mucha mayor escala.

Puede la Unión Soviética esperar, aun cuando siempre aparecería aconsejable no bajar la guardia, puesto que si hay posibilidad de *détente*, existe también la certeza de que ha de mantenerse la rivalidad resultante de las posiciones absolutamente irreconciliables que ocupan una y otra potencia, los Estados Unidos y la U. R. S. S.; pero, ¿qué harán mientras tanto otras naciones, en particular algunos de los aliados y amigos de los Estados Unidos?

* * *

Ocupan todavía los Estados Unidos una posición dominante en el mundo comunista. Y nada hace pensar que no la seguirán ocupando durante bastante tiempo. Ya no se trata, sin embargo, de algo generalmente aceptado y generalmente acatado. La piedra angular de esta posición es la O. T. A. N., y la O. T. A. N. está gravemente afectada por influencias y acciones erosivas. En parte, en una gran parte, esto se debe a la acción de dos factores esenciales: el carácter de los intereses norteamericanos y la acción del tiempo en combinación con los intereses sobre las alianzas y los pactos, una acción que en algunos casos y condiciones llega a producir la sensación de que han dejado de ser instrumentos convenientes o necesarios para el mantenimiento de la independencia y soberanía de sus miembros para convertirse de hecho en instrumentos de sometimiento e incluso de opresión. Es una cuestión que, desde los días de la Conferencia de Delos para acá, no ofrece

nada que sea realmente nuevo. La actitud de Francia en el seno de la O. T. A. N. es una confirmación más para el caso de que hiciese alguna falta.

«Durante dieciocho años—ha dicho recientemente Dean Acheson, que fué secretario de Estado norteamericano y que es partidario decidido de una política dura y firme, lo suficiente para mantener unido y disciplinado al mundo occidental frente al mundo comunista—los norteamericanos han mantenido la guardia en Europa para evitar otro intento de una potencia europea por alcanzar por la fuerza de las armas la hegemonía sobre los demás.»

Los resultados prácticos de una política expuesta de esta manera pueden ser idénticos a los resultados prácticos de una política justificada en la necesidad de mantener una asociación de naciones como una elemental medida defensiva. Pero las circunstancias varían mucho, especialmente porque en el primer caso va implícita una idea de imposición, siempre que no resulte aceptable la idea de colaboración que se recomienda a los demás con miras a evitar que surja en Europa una potencia con ambiciones hegemónicas.

«Nuestras tropas—añade Mr. Acheson—no están en Europa como un favor que se hace a los europeos. Están para facilitar a la O. T. A. N. fuerzas que endurecen y afirman, procedentes del otro lado del Atlántico, para no dejar en Moscú duda alguna de que el chocar con ellas debe poner y pondrá en movimiento la colosal potencia nuclear (de los Estados Unidos).»

* * *

La situación no es tan clara, pues, ni tan sencilla como pudo parecer en un principio, cuando la totalidad del ambiente estaba bajo la influencia del enorme poder y desarrollo que había alcanzado el aparato militar soviético, acampado como estaba sobre una ancha porción del mundo, en la que estaba incluida la propia Unión Soviética, en ruinas, devastada en muchas partes, hambrienta y cubierta de harapos, pero victoriosa y con ansias tremendas de expansión, de sacar rendimiento a su esfuerzo y sacrificio. Por la Europa occidental, por donde se encuentra la razón histórica de ser de la O. T. A. N., la primera y la fundamental, preciso es insistir en ello, de las manifestaciones específicas de la guerra fría, se encuentra hoy en estado de franco desarrollo una nueva potencia económica que está siendo un motivo de muy seria preocupación para los Estados Unidos. Y en un ambiente de prosperidad medida por cosas como una producción de automóviles que entre

la C. E. E. e Inglaterra se acerca a la de los Estados Unidos, con unas reservas oro que son ya muy superiores a las de los Estados Unidos, que hace unos cuantos años todavía monopolizaban las dos terceras partes de todo el oro dedicado a reservas monetarias del mundo no comunista y, en fin, con unas normas de vida en estado de rápida expansión-ascensión—que a menudo se puede comparar ventajosamente con el de los Estados Unidos.

Y también, por supuesto, con una actitud francamente inclinada hacia la negociación y la colaboración, pero no siempre hacia la aceptación de lo que hasta ahora han sido unas directrices generales llegadas del exterior, nunca nacidas en el seno de la O. T. A. N. Y, acaso el acontecimiento más significativo de estos últimos años, con una decisión creciente a desbordarse por encima de las limitaciones y las restricciones impuestas por los Estados Unidos para el mantenimiento de relaciones económicas entre los mundos comunista y no comunista, en lo que van camino de rivalizar la Alemania Occidental, Inglaterra, Francia e Italia.

De esto surgen situaciones nuevas o modificadas y la posibilidad—quizá la inevitabilidad—de un gran cambio no sólo en las relaciones entre los mundos comunista y no comunista, sino entre los Estados Unidos y sus principales aliados europeos. Hablando en defensa del cambio que suponía la decisión del Gobierno norteamericano, cuando todavía era presidente Mr. Kennedy, de vender trigo a la Unión Soviética, algo de mucha importancia por sí mismo y capaz, además, de abrir las puertas al desarrollo de relaciones comerciales con otras mercancías, decía el senador J. William Fulbright, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara Alta, que si los Estados Unidos insistiesen en el *boicot* de todo el comercio con las naciones comunistas, «nosotros (los norteamericanos) podremos encontrarnos en la misma posición en el mundo libre en que se encuentran ya los chinos en el mundo comunista.

»Nosotros y los chinos seremos unos parias, espléndidos en nuestra aislada devoción al dogma puro». Mr. Fulbright pedía lo que al fin se consiguió, que los Estados Unidos, a través del Banco de Exportación e Importación, una institución puramente oficial, concediesen créditos a la Unión Soviética durante cinco años, para la financiación de esas compras de trigo en proyecto.

Desde el comienzo de la guerra fría, allá por el año de 1947, no se había dado nada semejante. Ni parecido siquiera.

* * *

La guerra fría no había terminado, como se ha llegado a decir. Ni es posible que termine, es más, mientras el mundo esté dominado, como lo está actualmente, por esas potencias nucleares monstruosamente desarrolladas y con intereses que rozan y chocan entre sí casi en casi cualquier parte del mundo. Pero ha cambiado y está cambiando. Tal vez no se podría encontrar una prueba más completa ni más satisfactoria que la transformación que se ha producido en unos cuantos años, en los años en que al pasarse de la política de las *represalias masivas* a la de las *respuestas flexibles*, todavía en estado de desarrollo (en estado de desarrollo estuvo siempre la otra, que dejó de tener actualidad y vigencia sin haber llegado nunca, de hecho, a tener una existencia real y actuante) al quedar atrás, acaso para siempre, una actitud positiva, retardadora, para adoptar una actitud que mejor que negativa podría considerarse como de tolerancia y quizá hasta de insinuación, de que pudiera estarse en los comienzos de la convivencia.

De ello dió buena idea el secretario de Estado, Dean Rusk, al contestar, después de unos momentos de meditación, casi de vacilación, a la pregunta que le hizo el senador John O. Pastore. «¿Por qué está usted en favor tan completamente del programa de ayuda (al exterior), que a nosotros (en el Congreso) inspira tantas reservas?»

Rusk contestó que se debía, «probablemente, a que lo más cerca que podemos llegar ya para hacer la demostración de una gran victoria en la ayuda al exterior está en apuntar a la ausencia de una derrota.» Se podría demostrar, añadió Mr. Rusk, en tono que era casi de imploración, que los comunistas no se han apoderado de Grecia y Turquía, de Corea y el Vietnam del Sur. Se podría demostrar también que ya no mueren al año cuatro millones de personas víctimas del paludismo. Pero todos estos son resultados más bien negativos.

«Dicho de otro modo—comentó el senador—, lo que usted nos comunica es que hemos estado comprando una póliza de seguro contra incendios durante muchos años y sencillamente porque la casa no ha sido devorada por las llamas, nosotros no queremos dejar de seguir comprando esa póliza.»

A Mr. Rusk le pareció bien la analogía. Que puede muy bien ser la fundamental de la falta de interés por algo que sin dejar de ser útil, quizá también necesario, puede haber dejado de ser espectacularmente atractivo. Y la causa del gran cambio que se estaba produciendo en los términos y

condiciones en que se había planteado y sostenido la guerra fría cuando el presidente murió asesinado y que siguen produciéndose con su sucesor.

* * *

¿Hacia dónde llevarán esos cambios? La respuesta es, más que difícil, imposible. Sólo se podría especular, divagar. Y para eso no hay ni espacio ni humor. Mucho dependerá de las circunstancias y mucho también, a no dudarlo, de las personalidades. La primera reacción de Moscú, al tener conocimiento de la muerte del presidente Kennedy, fué recelosa, quizá de desconfianza. Después, se ha ido, también por este lado, produciendo un cambio, importante y favorable. Es posible que Jruschev todavía no esté muy seguro de que la mejor actitud hacia el nuevo presidente no sea la que dió lugar a una observación ya un tanto famosa, hecha en ocasión de serle presentado Mr. Johnson durante su visita a los Estados Unidos, cuando el general Eisenhower era presidente y Mr. Johnson era sólo el jefe de la mayoría demócrata en el Senado.

«No le conozco—dijo Jruschev, con brutal franqueza—. Pero he leído todos sus discursos y no hay uno solo que me guste.»

Pero el hilo directo que se había establecido entre la Casa Blanca—el Pentágono más bien—y el Kremlin en los días de Kennedy no sólo se mantiene, sino que se ha extendido hacia el sur, hasta Tejas, hasta el rancho L. B. J., en el que ondean tres banderas, todas ellas prendidas de la misma cuerda, cuando el propietario pasa allí unas horas o unos días: la de los Estados Unidos, la del Estado de Tejas y el guión presidencial, que ahora sustituye al guión personal cuya característica principal eran las letras L. B. J., bordadas a través de la parte central. Y esto también es cambio, sin duda.

JAIME MENENDEZ.

